

CAPITULO LXXV.

Sucesos de África.—Dragut.—Pérdida de Bugia y proceso de su gobernador.—Felipe II rey de España.—Su infancia —Su juventud.

ANTES de dar comienzo á ocuparnos de D. Felipe, nuevo rey de España, necesario nos es, siquiera hayamos de hacerlo ligeramente, ocuparnos de lo ocurrido en África desde que el Emperador habíase podido considerar libre de Barbaroja.

Dragut, de tan humilde origen como este, educado en la escuela del famoso pirata, y protegido por él, que había descubierto su audacia y excelentes condiciones, presto se halló en disposición de navegar por su cuenta y emprender arriesgadas expediciones.

Prisionero de Joannetin, sobrino del famoso Andrés Doria, fue conducido á la presencia del almirante, y rescatado á los cuatro años por el mismo Barbaroja.

Desde entonces la historia del nuevo pirata comenzó á desarrollarse independiente de la de su antiguo protector, y casado en la isla de los Gelbes con la hija de un turco poderoso, aumentó sus naves, y comenzó á hacer formidables entradas por las costas cristianas.

En vano los vireyes de Nápoles y Sicilia anduvieron por todo el año 1547 en busca del audaz pirata; este supo evitarles siempre, y en 1548, aprovechando diestramente la ocupación que las galeras napolitanas, sicilianas y genovesas tenían, trasportando al príncipe D. Felipe á los Países Bajos, hizo rumbo hácia Nápoles, y cayendo sobre Castellamare apresó gran número de cautivos, se apoderó de una galera de Malta que llevaba á Nápoles veinte mil ducados, y tras de haber hecho nuevas presas, regresó á los Gelbes á depositar sus despojos.

Para asegurarse una plaza fuerte, que en caso necesario pudiera ponerle á cubierto de un golpe de mano por parte del Emperador, cuyo enojo concitara contra sí, se apoderó de una ciudad llamada África (*Turris Annibalis*) situada á veinte y ocho leguas de Tunes, y añadiendo á sus fortificaciones otras nuevas se halló en el caso de poder desafiar todo el poder del Emperador.

Tan repetidas correrías no tardaron en hacer necesario un castigo ejemplar, y el almirante Doria con las galeras de Génova, del Papa, de Sicilia y Nápoles llegó hasta la Goleta, donde habido consejo se acordó poner sitio á la guarida del pirata.

Mucho se necesitaba para esto, á pesar de lo que ya llevaba el famoso genovés, y en su consecuencia pidieron al Emperador todos los socorros que necesitaban.

Reunido lo necesario en hombres, dinero, armas y naves, formando parte de la expedición muchos y entendidos capitanes, procedióse al sitio de la plaza de África, y aun cuando acudió en su socorro el mismo Dragut, que á la sazón se hallaba ausente, tras de muchos y repetidos ataques que costaron la vida á una porción de caballeros españoles, á pesar de la heroica resistencia opuesta por los turcos, cayó la plaza en poder de los imperiales.

Graves pérdidas experimentaron estos en el famoso sitio, y muchos y valerosos capitanes hubieron de sucumbir en él; que si porfiados habían sido los ataques la defensa no fue menos tenaz y bien dirigida.

El gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, los capitanes Fernando de Toledo, Fernando Lobo, Morerueta, Zumárraga, Tristan de Urrea, los alféreces Alonso de Vega, Alonso Pimentel, Amador Sedeño, el caballero Garci Lopez de Ulloa, el cual recibió hasta diez y seis lanzadas, el caballero de Malta, Monroy, que murió de la fatiga y del cansancio que le produjo el pelear, y otros muchos esforzados y valerosos españoles que sería prolijo enumerar, hallaron la muerte en aquella célebre jornada.

De igual modo sucumbieron tambien los turcos y los moros pasando el número de estos, de 7,000.

Andrés Doria entró en la ciudad en triunfo, y todos dedicáronse algunos días á descansar, que bien lo habían de menester despues de tan porfiado y trabajoso cerco.

Quedóse en África, para defenderla de cualquier ataque que en lo sucesivo se pudiera intentar contra ella, D. Alvaro de Vera, hijo del virey D. Juan, con mil hombres escogidos, dirigiéndose el virey en seguimiento de Dragut que se había dirigido á los Gelbes.

Como quiera que la plaza era fuerte por su misma posición y por las defensas que ya tenía, el Emperador, aumentando todavía sus medios de defensa, la convirtió por algún tiempo en otra segunda Goleta, con objeto de entretener con ella á los turcos.

Despues la mandó asolar llevando á Italia los soldados que en ella había (1).

Dragut prosiguió sus correrías, y pasando al servicio del sultan, intentó apoderarse de Malta, acompañado de Sinan, almirante turco, y, tomando la isla de Gozzo, cayó sobre Trípoli, de cuya plaza se apoderaron despues de cuarenta años que estaba en poder de los cristianos, achacándose no sin falta de fundamento la pérdida de esta plaza á los manejos del monarca francés que, como sabemos, aborrecía al Emperador.

Y en prueba de ello, un escritor contemporáneo dice, refiriéndose á este hecho y á la anterior empresa de Gozzo, que Sinan pasó con sus naves á esta isla, de la cual se apoderó despues de dar muerte al Comendador.

Los turcos hicieron en este punto sobre seis mil cautivos de am-

(1) Robertson nada dice de esta famosa guerra.

bos sexos, y Dragut puso fuego á la población, talando además todo el arbolado de la campiña.

De este punto, —dice el historiador á quien aludimos,— pasó Sinan á Trípoli con su armada, y desembarcando con mas de seis mil hombres y cuarenta gruesas piezas de artillería, las asestó contra el castillo del puerto. Por traición de un francés que se descolgó de las almenas, supo que las torres mas flacas eran las de Santa Bárbara y Santiago, y mudando las baterías combatió aquellas torres hasta demolerlas.

«En esto llegó al campo de Trípoli el Embajador francés que iba á Constantinopla y había estado en Malta: conferenció con Sinan, habló tambien aparte con algunos comendadores de san Juan de los que defendían la plaza, les persuadió sin duda, de que no pudiendo sostenerla debían rendirla, saliendo ellos libres y ofreciéndose á conducirlos á Malta en sus galeras, y merced á las intrigas del francés, como de público entonces se dijo, entregó el comendador Simon Losa las llaves de la ciudad á 14 de agosto de 1551, pasando de este modo la ciudad de Trípoli á poder de los turcos, al cabo de cuarenta años que la poseían los cristianos.

«Con esto regresó la armada turca á Constantinopla, llevando Sinan al Gran Turco su amo por fruto de su expedición la conquista de Trípoli, ya que no pudo llevar la de Malta. Criminales debían ser los comendadores de la Orden que defendían á Trípoli y á quienes habló el francés, cuando el gran maestre, instruido un proceso y oídas sus confesiones, con acuerdo del Consejo mandó ahorcar los seglares y degradó á los eclesiásticos para ajusticiarlos tambien. Y el interés con que el rey de Francia intercedió por ellos para con el gran maestre, demostraba que no sin razón se había achacado á manejos del Monarca francés la rendición de Trípoli al turco.»

En 1558 el gobernador de Argel, con un ejército de cuarenta mil hombres y veintidos naves, atacó la ciudad de Bugia, una de las mas gloriosas conquistas del famoso Pedro Navarro en tiempo de Fernando el Católico, y por debilidad de su gobernador el capitán Alonso de Peralta, apoderáronse de ella los infieles, siendo tal el enojo del Emperador al saberlo, que sujetó al débil gobernador á un consejo de guerra que le condenó á ser decapitado, cuya sentencia se ejecutó en Valladolid en octubre de aquel año, despues de ser paseado Peralta por la población, quitándole á voz de pregon una por una todas las piezas de su armadura.

Tal era el estado de los negocios en uno y otro lado del Mediterráneo cuando tuvo lugar el hecho que hemos calificado de mas importante del siglo XVI, y del cual nos hemos ocupado ya en el capítulo anterior.

Dejando para otro lugar ocuparnos de la existencia del Emperador en el monasterio de Yuste, sitio escogido para su retiro, justo es, ya que damos comienzo á su reinado, que nos hagamos cargo de la infancia y juventud del príncipe D. Felipe, enterándonos de algunos acontecimientos relacionados con su existencia y que de intento habíamos reservado para este momento, así como tambien del modo y forma con que estuvo ejerciendo la gobernación de España durante la ausencia de su padre.

Dejando aparte toda la multitud de consejas é invenciones con que escritores crédulos ó aduladores han tratado de demostrar las excelencias del tierno infante desde que estaba en el seno de su madre, y que la sana crítica y el juicio recto rechazan, diremos que en 21 de mayo de 1527, según indicamos oportunamente, nació en Valladolid el hijo de Carlos de Austria y de Isabel de Portugal, poniéndosele el nombre de su abuelo paterno, y siendo bautizado por el arzobispo de Toledo D. Alonso de Fonseca, en la iglesia del monasterio de San Pablo de aquella ciudad.

Las fiestas con que se iba á solemnizar tan fausto acontecimiento fueron suspendidas de orden del Emperador á consecuencia del sentimiento que, si no tuvo, demostró al menos, como dice Lafuente, por el asalto de Roma, y prision y cautiverio del pontífice Clemente VII, llevado á cabo por el ejército imperial al mando del duque de Borbon.

El 19 de abril de 1528 quedó reconocido y jurado el príncipe como heredero y sucesor del reino por las Cortes de Castilla en el monasterio de San Jerónimo de Madrid, mostrando á los cuatro años de edad gran capacidad y ciertos rasgos de ingenio, enojándose con facilidad, siendo tan arriscado y travieso que muchas veces tuvo su padre que castigarle (1).

La educación literaria del Príncipe fue encomendada al doctor Juan Martínez Siliceo, teólogo de la universidad de Alcalá, y su crianza á D. Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, siendo notables los progresos que á los nueve años había hecho, tanto como tendremos ocasion de ver en el próximo capítulo, en la doctrina y en la aritmética como en las lenguas italiana y francesa, ejercitándose á la vez en cabalgar y en otros ejercicios corporales que en esta edad precisamente hubieron de suspenderse por las enfermedades que padeció.

(1) Respecto á la infancia y juventud del Príncipe se encuentran detalles mas curiosos en la correspondencia sostenida por el ayo del Príncipe D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y el doctor Juan Martínez Siliceo con el Emperador, cuyas cartas se conservan con otros muchos documentos referentes al mismo asunto, en el archivo de Simancas.



EL PRINCIPE D. FELIPE BAILANDO CON SU ESPOSA ANTE LA CORTE.

Hiera Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

